

DARÍO, RUBÉN (1867 - 1916)

*ODA A MITRE*  
1906

*Cingor Apollinea victircia tempora lauro  
Et sensi exsequias funeris ipse mei.  
Decursusque virum notox mihi donaque regum;  
Cunctaque per titulus oppida lecta suos;  
Et quo me officio portaverit illa juvenus,  
Quae fuit ante meum tam generosa torum;  
Denique laudari sacrato Caeseris ore  
Emerui lacrimas elicuique Deo.  
—OVIDIO.*

I

«Oh, captain! Oh, my captain!», clamaba Whitman.  
¡Oh!, gran Capitán de un mundo  
nuevo y radiante, yo qué diría  
sino "¡mi General!" en un grito profundo  
que hiciera estremecerse las ráfagas del día!  
Gran Capitán de acero y oro,  
gran General que amaste en la acción y el sueño  
de Psiquis el decoro,  
el único tesoro  
que en Dios agranda el átomo de este mundo pequeño.

II

A la sabia y divina Themis  
colocaron las Parcas, según Píndaro,  
en un carro de oro para ir hacia el Olimpo.  
Que las tres viejas misteriosas  
hayan parado en un momento  
—el instante de un pensamiento—  
el trabajo continuo de sus manos,  
cuando, de un lauro y una palma  
precedida, ha pasado el alma  
de Aquel que los americanos  
miraron hace tiempo trasladado y fundido  
en el metal que vence la herrumbre del olvido.

III

Es de todos los puntos de nuestra tierra ardiente  
que brota hoy de los vibrantes pechos

voz orgullosa o reverente  
para el que, siendo un alma de todo un continente,  
defendió, Cincinato sabio y Catón prudente,  
todas las libertades y todos los derechos.  
Pues él era el varón continental. Y era  
el amado Patriarca continental. ¡Patriarca  
que conservó en sus nobles canas la primavera,  
que soportó la tempestad más dura,  
y a quien una paloma llevó una rosa al arca,  
rosa de porvenir, rosa divina,  
rosa que dice el alba de América futura,  
de la América nuestra de la sangre latina!

#### IV

Jamás se vieron una lealtad mayor  
que la del León italiano  
al amigo de América que amó en fraterno amor.  
¡De Garibaldi y Mitre las dos diestras hermanas  
semblaron la simiente de encinas italianas  
y argentinas que hoy llenan la tierra de rumor!  
A ambos cubrió la gran sombra del Dante,  
y en el Dante se amaron. En el vasto crisol  
se encontraron un día dos almas de diamante  
hechas de libertad y nutridas de sol.

#### V

¡Cóndor, tú reconoces esos sagrados restos!  
¡Oh, tempestad andina, tú sabes quién es él!  
Doncellas de las pampas, rellenaad vuestros cestos  
de las más frescas flores y de hojas de laurel.

#### VI

De las fechas de púrpura de la Historia Argentina,  
del fulgor de sus glorias, de su guerrero horror,  
de todo ello se enciende tu apoteosis divina  
hecha de patrio fuego y universal amor.  
Cristal y bronce el verbo y de cristal tu idea,  
tuviste el equilibrio que mantiene en sí mismo,  
y ajeno a los halagos de la nocturna Dea,  
subiste a las alturas sin miedo del abismo.  
"Los dioses y los hombres tienen un mismo origen",  
dice el lírico. Y sabe que el orbe entero gira

por las manos supremas que un plan supremo rigen  
como los sacros dedos el alma de la lira.  
Cuando hay hombres que tienen el divino elemento  
y les vemos en cantos o en obras traspasar  
los límites de la hora, los límites del viento,  
los reinos de la tierra, los imperios del mar,  
¡sepamos que son hechos de una carne más pura;  
sepamos que son dueños de altas cosas, y los  
que, encargados del acto de una ciencia futura,  
tienen que darle cuenta de los siglos a Dios!

## VII

De la magnífica marea  
hecha de sombra, hecha de idea,  
que sube del mar popular,  
asciende a tus conquistas sumas  
el perfume de las espumas  
de ese inmenso y terrible mar.  
Pues tu pueblo te ama, austero  
y pensativo caballero  
que hiciste del deber tu cruz,  
y a quien el arcángel ardiente  
de la guerra besó en la frente  
dejando una estrella de luz.  
¡Cuántas veces tu diestra augusta,  
cuántas tu palabra robusta  
conjurara la tempestad!  
¡Cuántas salvaste la bandera,  
y cuántas la Argentina fuera  
por ti sacra a la Humanidad!  
¡Cuántas evitaste los llantos,  
la triste faz, los negros mantos  
y el morder las manos de horror!  
¡Cuántas con tus acentos grandes  
apartaste sobre los Andes  
nubes de trueno y de dolor!

## VIII

¡Ilustre abuelo!, partes; pero  
cuando contempla el orbe entero  
la obra en que hiciste tanto tú,  
¡triumfo civil sobre las almas,  
el progreso llena de palmas,  
la libertad sobre el ombú!

Tu gloria crece y se ilumina  
en la República Argentina  
con una enorme luz de sol,  
y tu idea en el continente  
ha derramado su simiente  
en donde se habla el español.  
Lleno de cívico decoro  
y limpio de odio y de oro  
hacia la eternidad te vas,  
como un jefe amado y amante,  
con las banderas por delante  
y las bendiciones detrás.  
¡Oh, Capitán! ¡Oh, General!;  
jefe sereno e inmortal  
que hacia la sombra te encaminas,  
recibe el voto de los nobles  
y la inclinación de los robles  
y el saludo de las encinas.

## IX

Belgrano te saluda y San Martín y el mundo  
americano. El alma latina te decora  
con la palma que anuncia el porvenir fecundo,  
y una guirnalda fresca y blanca, color de aurora.  
Pues tú fuiste aquel fuerte que se reposó un día  
después de los horrores terribles de la guerra,  
hallando en los amores de la santa Armonía  
a esencia más preciosa del zumo de la tierra.  
En el dintel de Horacio y en la dantesca sombra,  
te vieron las atentas generaciones, alto,  
fiel al divino origen del Dios que no se nombra,  
desentrañando en oro y esculpiendo en basalto.  
Y para mí, Maestro, tu vasta gloria es ésta:  
amar los hechos fugaces de la hora,  
sobre la ciencia a ciegas, sobre la historia espesa,  
la eterna Poesía más clara que la aurora.  
Cuando, cual los centauros de metopas y estampas,  
vas en un revuelo de tempestad marcial,  
bravo generalísimo, jinete de las pampas,  
envuelto ya en el alba de un futuro real,  
quizás te acompañaba, junto al corcel guerrero,  
la musa de tus años en flor; quizás entonces  
pensabas en los épicos exámetros de Homero,  
sublimes como mármoles y eternos como bronces.

Y luego ya en tus horas de Néstor Argentino,  
sintiendo en ti la fuerza que las edades doma,  
te acompañaba el soplo del rudo Gibelino  
y Flacco te traía sus músicas de Roma.  
Supiste que en el mundo los odios, la mentira,  
los celos, las crueles insidias, los espantos,  
se esfuman ante el alma celeste de la Lira  
que puebla el universo de estrellas y de cantos.  
¡Gloria a ti sobre el sistro antiguo y sobre el parche  
que ha sonado con duelo a tu fúnebre paso!  
¡Gloria sobre el ejército que en lo futuro marche  
con los ojos en ti como en sol sin ocaso!  
¡Gloria a ti que a Catón y a Marco Aurelio hubiste  
rimando versos que eran siempre de cosas puras,  
pues las Gracias brindaron a tu espíritu, triste  
de pensar, los diamantes de sus minas oscuras!  
¡Gloria a ti que en tu tierra, fragante como un nido,  
rumorosa como una colmena y agitada  
como un mar, ofrendaste, vencedor del olvido,  
paladín y poeta, un lauro y una espada!  
¡Gloria a ti, pensativo de los grandes momentos,  
para traer el triunfo del instante oportuno,  
o cuando hechos relámpagos iban tus pensamientos  
vibrando en tus vibrantes arengas de tribuno!  
¡Ya tu imagen el útil del estatuario copia;  
ya el porvenir te nimba con un eterno rayo;  
las líricas victorias vierten su cornucopia,  
la Fama el clarín alza que dora el sol de Mayo!  
¡Gloria a ti que, provento como el destino plugo,  
la ancianidad tuviste más límpida y más bella;  
tu enorme catafalco fuera el de Víctor Hugo,  
si hubiera en Buenos Aires un Arco de la Estrella!

X

¡Descansa en paz...! Mas no, no descansas. Prosiga  
tu alma su obra de luz desde la eternidad,  
y guíe a nuestros pueblos tu inspiración, amiga  
de lo bello y lo justo, del Bien y la Verdad.  
¡Tu presencia abolida, que crezca tu memoria;  
alce tu monumento su augusta majestad;  
y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria,  
sean, como la América, para la Humanidad!